

David Byrne, rockero renacentista

Polifacético y curioso, el músico británico presenta una retrospectiva de su arte de los últimos 20 años y un libro con dibujos creados durante el confinamiento

por **JULIO VALDEÓN**

Los artistas colgados de la última hora suelen tener problemas para no envejecer de súbito. Con cada mudanza del *zeitgeist* crecen las posibilidades de que lo suyo caduque. David Byrne (Dumbarton, Escocia, 1962) lleva décadas en el puente de mando de un viaje sin respiro. Lejos de las convenciones. Algunos críticos aguardaban con deleite su declive. Pero el ex líder de Talking Heads no deja nunca de reinventarse.

Byrne acaba de presentar una exposición en Pace, una galería de Chelsea, en Manhattan. Y esta misma semana ha publicado un libro de ilustraciones, *A History of the World (in Dingbats): Drawings & Words by David Byrne*, con la editorial Phaidon. En internet Byrne mantiene su revista *Reasons to be Cheerful*. En Broadway todavía ruge su vitaminado musical *American Utopia*, semilla de un disco formidable y de un documental dirigido por Spike Lee.

Paradigma de la *new wave* neoyorquina, Byrne debutó como telonero de Los Ramones en la emblemática sala CBGB. Tras evolucionar del intelectualismo *arty* al pop más carnoso y funky, nunca le importó si sus seguidores lograban entender las distintas mutaciones, del *art rock* a los sonidos caribeños y los rit-

mos afroperuanos. Mudar de estilos y probar nuevos lenguajes era más importante que enriquecerse, conquistar la MTV o seducir a las masas. Sus creaciones siempre fueron pura indagación. Pecios entre lo cotidiano y la monstruosidad. Cartógrafo diplomado en lo raro, agudo observador social, su obra plástica y sus discos comparten un aire cerebral para disimular mejor la mar de fondo, siempre a la contra. Byrne trabaja una transgresión en vaso corto, fulminante.

En los dibujos e instalaciones de la galería Pace ha desplegado una parte de su producción de los últimos 20 años. El libro sirve para acotar la obra más reciente, nacida por encargo durante el encierro, transida de gracia, soledad e ingenio. En ambos casos exhibe una soltura naif para embocar asuntos turbios. La pupila limpia y esos ecos del arte folk, del cómic *underground* y la tinta japonesa distinguen a un hombre que llega al rock tras estudiar en una escuela de diseño. La suya es la estirpe de los Jim Jarmush, Robert Mapplethorpe, Patti Smith, los B-52's, los Television de Tom Verlaine y Richard Hell y Blondie. Pistoleros refractarios a la melopea del rock progresivo. Hijos de la Velvet Underground y David Bowie. Herederos de William

S. Burroughs, Andy Warhol y John Giorno. Quisieron ser Elvis cruzado con Susan Sontag. En el caso de Byrne no igualó al chico de Tupelo, algo imposible, pero supo apañárselas para lograr un raro milagro: la conquista del estrellato musical sin dejar de leer a Umberto Eco ni traicionar su duradero cuelgue con las vanguardias.

En un reportaje de *The New York Times* el crítico Frank Rose ha equiparado los dibujos de Byrne con «las ilustraciones de George Cruikshank para *Oliver Twist* o las de John Tenniel para *Alicia en el país de las maravillas*». No va en absoluto desencaminado. A Byrne le une con el caricaturista británico del XIX el veneno satírico, la intención social y el mordisco engañosamente leve, y con Tenniel, que falleció en 1914, su facilidad para engarzar la humorada en el arte más ambicioso.

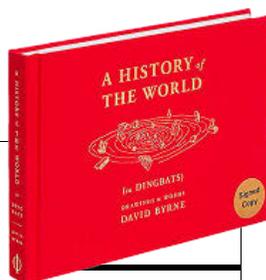
Abierta en el 540 West de la calle 25, la exposición incluye tanto sus monigotes y otros seres y objetos imposibles –pájaros en el espejo, cascos de música gigantes, libros voladores, sofás infinitos, rostros decons-truidos– como las pinturas sobre muebles y los grandes murales con árboles y palabras que le sirvieron para retomar su carrera de pintor. Los primeros 50 dibujos de la serie salían a la venta a finales del año pasado para financiar los gastos de su revista.

De un tiempo a esta parte, la obra del antiguo ermitaño evita el calambrazo anacoreta para empalmar conexiones. Considera importante irrigar lo común en una Nueva York estragada por la pandemia. Quiere bajar de la peana aristocrática, tan de comprar tomates a precio de pepita de oro en Union Square y hacerse en Strand con *La vida secreta de los árboles* (Peter Wohlleben) para luego regresar en bicicleta a un estudio millonario en el East Village o el Soho. Privilegiado y listo, inteligente y sensible, Byrne

DAVID BYRNE, LONDRES, 2015. IAN GAVAN/GETTY IMAGES



sobre sillas, el músico presenta grandes murales con árboles, que tal vez sean, dice, “falsa ciencia, escritura automática, autoanálisis, sátira... y una excusa para dibujar formas y diagramas similares a plantas”



DAVID BYRNE

A HISTORY OF THE WORLD (IN DINGBATS)

Diseñado por Alex Kalman. Phaidon. 160 páginas. 115 ilustraciones.

FIGURACIÓN Y MISTERIO

Los ‘dingbat’, unos adornos tipográficos, son el punto de partida figurativo para que Byrne evoque “los complejos sistemas globales que iluminó la pandemia”

compagina sus discos, y los discos ajenos, como los que publica en los sellos independientes que fundó, Luaka Bop y Todo Mundo, con sucesivos proyectos fotográficos, teatrales, literarios, cinematográficos y pictóricos. Destacan montajes como el de 2008 en el Battery Maritime Building. O la exposición *The Institute Presents: NEUROSOCIETY* (2016), que planteaba un diálogo entre las neurociencias y las artes plásticas. Cuando la inauguró quiso convencer a varios laboratorios con los que había colaborado en el desarrollo de las obras para que aprovecharan los datos que arrojasen las interacciones de los espectadores. El musical *Here Lies Love* fue otro hito, inspirado en la vida de Imelda Marcos, coescrito junto al Dj Fatboy Slim y dirigido por Alex

Timbers. El mismo Timbers que pilotó en Broadway la incursión de Byrne en la vida de Juana de Arco *-Into the Fire* (2017)- y que ahora dirige *American Utopia*.

Colaborador de Brian Eno, Celia Cruz, Johnny Pacheco, Arcade Fire y St. Vincent, de Jonathan Demme y de Bernardo Bertolucci –participó en la banda sonora de *El último emperador* mano a mano con Ryuichi Sakamoto-, Byrne lleva 50 años convencido de que el aguante es una cuestión de libertad y pelotas. La suya es una carrera con pocos parangones. Tiene discos millonarios y otros experimentales, como aquel *My Life in the Bush of Ghosts*, junto a Brian Eno, un *copy/paste* de 1981 que adelanta la técnica del *collage* sonoro y el *sample*, decisiva para ci-

mentar el rap que llegaba. Algo que reconocerían los miembros de combos como Public Enemy. Autor del libro *Así funciona la música* (2014), al presentar los primeros dibujos de la serie de Pace le comentó a la periodista Tessa Solomon, de ARTnews: «Una buena cantidad de los dibujos tienen caras y cuerpos, en formas que a veces son grotescas, pero espero que sean grotescas de una manera divertida. No estamos hablando de Goya; hay un poco de humor».

No hay marcha atrás para un artista a contrapelo. Enfrascado en hacer desfilas las artes más dispares, daltónico al purismo, tiene obra en el MoMA y discos catalogados entre los mejores 500 de la historia del rock, según votación de los críticos de la revista *Rolling Stone*. **L**

